

Andrew Wakefield y las vacunas del autismo

Un **fraude**, por definición, es un engaño por parte de alguien que busca obtener un beneficio. En este caso, hablaremos de **fraudes científicos**, donde se incluyen aquellas publicaciones científicas que acaban revelándose como falsas o erróneas. Un caso muy importante de este tipo de fraude es el caso de Andrew Wakefield y su **tesis sobre la vacuna triple vírica**.

Andrew Wakefield es un exmédico que apoya los movimientos antivacunas. Estudió en Londres, donde se graduó como cirujano. Sin embargo, su fama no se debe ni a su calidad como médico, ni a sus logros, sino por haber puesto en peligro las vidas de miles de niños cuyos padres no quisieron vacunarlos a raíz de la investigación de este "médico".

El 26 de febrero de 1998 el médico Andrew Wakefield presentó una investigación preliminar, publicada en la prestigiosa revista científica "*The Lancet*", en la que decía que doce niños vacunados habían desarrollado comportamientos autistas e inflamación intestinal grave. Todos ellos tenían en común haber sido vacunados con la vacuna triple vírica.

La **vacuna triple vírica** o **vacuna triple viral (SPR y SRP)** es una mezcla de tres componentes virales atenuados, administrados por una inyección para la inmunización contra el sarampión, la parotiditis o paperas y la rubeola. Es una vacuna de uso rutinario que se administra, por lo general, aproximadamente con un año con un refuerzo antes de comenzar la edad preescolar entre los cuatro y cinco años de edad.

La tesis planteaba que la vacuna triple vírica podría causar problemas gastrointestinales, que llevaban a una inflamación en el cerebro y, tal vez, al autismo.

Sin embargo, esta tesis plantea grandes contradicciones. La principal fue que el propio Wakefield reconoció que se trataba únicamente de una hipótesis, es decir, que eran simples conjeturas.

Otra de las grandes contradicciones de este estudio es el hecho de la falta de individuos estudiados para desarrollar la hipótesis. En él se estudiaron, presuntamente, solo doce niños, aplicando la vacuna a 11 de ellos.

Hoy se sabe que Wakefield falseó y manipuló los datos para obtener las conclusiones que buscaba. Y, no solo esto, sino que también confundió a los padres participantes del estudio.

Finalmente, todo este estudio llevado a cabo por Wakefield acabó siendo un gran fraude, como reveló una posterior investigación del periodista Brian Meer, que tuvo unas graves consecuencias.

Pero, ¿cuál es la realidad detrás de este estudio? Para comprenderlo mejor primero explicaremos qué es el autismo.

El **autismo** o **Trastorno del Espectro Autista** se trata de un trastorno neurobiológico del desarrollo que se presenta en los primeros 3 años de vida de una persona. Este trastorno perdura durante toda la vida del individuo y tiene como principal consecuencia la dificultad de éste para comunicarse y relacionarse socialmente.

Pese a los numerosos estudios que se han realizado, únicamente se ha encontrado la causa del 10 % de los casos mundiales de autismo, siendo factores genéticos. Por lo tanto, ya con esto podemos intuir que las causas del autismo pueden ser anteriores al nacimiento del individuo por mutaciones genéticas o problemas en el desarrollo embrionario. El hecho de que una persona sea autista o no, no puede ser condicionado por tratamientos o medicina posteriores al nacimiento. Esto significa que **no existe ningún tipo de relación entre la triple vírica y el autismo**.

Así, se comprobó que el estudio era falso y la revista de medicina que lo publicó se retractó (lo que significa que reconoció que el artículo nunca tendría que haberse publicado).

Tras salir a la luz la verdad sobre este fraude, Wakefield perdió su titulación y el GMC (Consejo General Médico de Reino Unido) lo borró de los registros médicos.

Lo triste es que realmente este asunto no quedó ahí. Wakefield perdió su titulación, pero sigue ejerciendo en EE.UU. y dirige un centro de autismo contando con muchos seguidores, aun conociéndose todos los datos falseados y manipulaciones llevadas a cabo por el mismo Wakefield. Hoy se conoce que, de los 12 niños estudiados, sólo a uno se le diagnosticó autismo, frente a los nueve que se citaban en *"The Lancet"*. Además, los pacientes fueron elegidos de familias pertenecientes a grupos antivacunación conocidos.

La razón por el que se llevó a cabo este fraude fue que su intención era demandar a las empresas farmacéuticas fabricantes de vacunas. Se pudo comprobar que el estudio fue financiado por abogados, y de haberlo conseguido habría supuesto un negocio millonario, con Wakefield como asesor.

Este fraude ocasionó graves consecuencias mundiales, entre las que cabe destacar el aumento al miedo a las vacunas, que está bastante extendido hoy en día en Estados Unidos, Australia, Alemania, Italia y en otros lugares. Tras la publicación del estudio, muchos padres decidieron no vacunar a sus hijos ante el temor a que desarrollaran autismo, lo que provocó un repunte de los casos de sarampión.

Hoy en día las organizaciones antivacunas siguen metiendo mucho ruido, pues algunos medios de comunicación todavía les prestan sus platós y sus altavoces para que diseminen su mensaje equivocado, mientras ***los científicos insisten en que no vacunar es un auténtico crimen.***

Aumento de los casos de sarampión y paperas, provocando casos graves y fatales. Sus continuas advertencias en contra de la vacunación han contribuido a un clima de desconfianza hacia todas las vacunas y a la reaparición de otras enfermedades que se creían controladas.

Con la realización de este trabajo nos hemos dado cuenta de lo influenciable que es la gente. Las masas se dejaron llevar por una persona carismática sin poner en duda lo que les decía cuando, como ha quedado demostrado, todo era falso. Si no fuese por este estudio falseado, es decir, por este tipo de *fake news*, el movimiento antivacunas hoy en día sería mucho más débil y se habrían evitado las muertes provocadas por las enfermedades de las que nos protegen las vacunas, concretamente la triple vírica. La conclusión que sacamos de todo esto es que el daño que causan las vacunas es mínimo comparado con sus beneficios, y este estudio es un claro ejemplo.